

JACULATORIAS. — Los que son de Jesucristo, ¿cómo pueden vivir sin crucificar su carne con todas sus pasiones, y con todos sus desordenados deseos? (*Ad Galat. 5.*)

No hay proporción entre todo lo que podemos padecer por Jesucristo en este mundo, y la gloria que nos espera en el otro. (*Ad Rom. 8.*)

PROPOSITOS.

1 Resuélvete á comenzar desde este mismo dia una vida verdaderamente cristiana; esto es, mortificada, reputando la mortificación como virtud propia de los escogidos de Dios: y abrázala como virtud propia tuya de todos los dias, y de toda la vida. Pero no te contentes con una idea general. Determina en especie, y en particular las cosas en que has de mortificarte, y no salgas de la oración presente, sin haber hecho al Señor algun sacrificio, como de no concurrir á tal conversacion, de abstenerse de tal y tal diversion, de no jugar hasta despues de Pascua; y en fin, de que no se te pase dia alguno sin ejercitarte en algunos actos de mortificación. Sobre todo te has de determinar á aprovecharte en adelante de todas aquellas mortificaciones involuntarias y prevenidas, con que el Señor tiene gran cuidado de salpicar todos los gustos de esta vida: las que siempre se deben aceptar con alegría y con reconocimiento, ó á lo menos con una perfecta resignacion en su divina voluntad.

2 Hay algunas mortificaciones, que son de precepto, las cuales consisten en privarse de todo lo que es pecado, ó puede ser ocasion de pecar, por mas gusto, y complacencia que se tenga en ello: espectáculos profanos, objetos provocativos, lugares sospechosos, leccion de libros emponzoñados, etc. Hay otras mortificaciones que son de consejo; pero sin las cuales no se pueden guardar las de precepto. Estas son indispensables, aquellas son necesarias. Pocos hay que no se condenen por falta de mortificación. Otras mortificaciones hay desconocidas, á la verdad, á las almas imperfectas y tibias: pero de las cuales hacen gran caudal las que son verdaderamente espirituales. Un dicho agudo, que viene á propósito, y se calla; un gusto ligero, de que uno se priva; una gana de mirar que se mortifica; una curiosidad que se vence; una postura incómoda, que se mantiene; todo esto ofrece mil ocasiones de mortificarnos, y puede servir de materia á innumerables sacrificios, pequeños al parecer, pero de gran mérito en la realidad. Quien ama á Dios, en todo tiempo, y en todo lugar encuentra cien ocasiones de darle pruebas de su amor.

Las mortificaciones pequeñas no siempre son las menos meritorias; y en cierta manera se puede decir, que se encierra en ellas el arte de hacerse santo.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

EL NACIMIENTO DE SAN FABIAN, papa, en Roma, que fué martirizado en tiempo de Decio, y sepultado en el cementerio de Calixto. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN SEBASTIAN, mártir, en Roma, en las cuevas ó bóvedas que llaman catacumbas, el cual siendo capitán de la guardia pretoria en tiempo del emperador Diocleciano, por ser cristiano le mandaron atar á un palo en medio del campo, y que allí le asaetasen los soldados, y últimamente le azotaron con varas hasta que murió. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN NEOFITO, mártir, en Nicea de Bitinia, que de edad de quince años fué azotado, echado en un horno encendido y espuesto á las fieras; y habiendo salido ileso, y confesando públicamente la fe de Jesucristo, fué por último degollado.

SAN MAURO, obispo, en Cesena; célebre en virtudes y milagros.

SAN EUTIMIO, abad, en la Palestina; floreció en la Iglesia por los tiempos del emperador Marciano, así por el celo de la disciplina católica como por sus milagros.

SAN FABIAN, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Fabian Papa, y mártir, era romano, y sucedió al Papa San Antero el año de 236. Su eleccion fué maravillosa. Habíase juntado el clero y el pueblo para nombrar sucesor á S. Antero; y como estuviesen muy divididos los votos, se vió hajar de lo alto una paloma, que derechamente fué á descansar sobre la cabeza de Fabian. Al punto comenzaron á clamar todos los fieles, que Fabian habia de ser su Obispo. Por mas que él se resistió diciendo que era indigno de tan alta dignidad, fué colocado en la silla episcopal, y consagrado por sumo Pontífice en aquellos difíciles y calamitosos tiempos de la cruel persecucion de Maximino.

Mostró bien este Santo Papa su teson, y su vigilancia en conservar la pureza de la fe, y la santidad de la religion cristiana, por el modo con que castigó á Privato, Obispo de Lambisa, en Africa, convencido de herejía, y de vida escandalosa. Los que son de opinion, que el emperador Filipo y su hijo fueron cristianos, afirman que recibieron el bautismo de mano de S. Fa-

bian. Estableció siete subdiáconos, repartidos en los siete cuarteles, ó barrios de Roma, para escribir las actas de los mártires. Créese que al celo de este Santo Papa debe la Iglesia de Francia aquella apostólica misión de tantos santos obispos, como vinieron á plantar la fe de Jesucristo en nuestras provincias. En fin, habiendo sucedido á Filipo el emperador Decio; y dando principio á su gobierno por una cruel persecucion contra los cristianos, logró S. Fabian la dicha de hallarse á la frente de los que combatían en defensa de la fe, que él mismo confirmaba con sus palabras y con sus ejemplos; recibiendo la corona del martirio el día 20 de enero del año de 250, despues de haber gobernado la Iglesia trece años, y ocho dias.

SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.

SAN Sebastian, á quien se dió el renombre de defensor de la Iglesia por las maravillas que obró en defensa de la fe, nació de padres originarios de Milan, aunque establecidos en Narbona, ciudad del Languedoc. Criáronle con gran cuidado en la religion cristiana, y en la piedad. Su dulzura, su prudencia, su apacible genio, su generosidad, y otras bellas prendas que le adornaban, como dice S. Ambrosio, le dieron presto á conocer en la corte de los Emperadores. Hizose mucho lugar en ella, y en poco tiempo fué uno de los favorecidos del emperador Diocleciano, que le nombró por capitan de la primera compañía de sus guardias.

Aunque Sebastian se abrasaba en un encendido deseo del martirio, le pareció que debía moderar su ardor, conservándole como escondido debajo del traje de soldado: porque al mismo tiempo que su empleo le hacia tan distinguido en la corte, le ofrecia tambien muchas ocasiones de hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos, que eran perseguidos. En esto empleaba su autoridad y sus bienes, sin perdonar trabajos ni fatigas.

Animaba con sus exhortaciones, y socorria con sus limosnas á los gloriosos confesores de Cristo, de los cuales estaban llenas las cárceles y los calabozos. Mantuvo á muchos que titubeaban en los tormentos, y fortaleció á no pocos que desmayaban á vista de los suplicios. Era el apóstol de los confesores y de los mártires: y si parecia que en cierta manera desperdiciaba las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fué por perdonar á la suya. Tan léjos estaba de pretender reservarla, que cada dia la esponia. La muerte de cada mártir de los que Se-



S. SEBASTIAN, M.

bastian alentaba, acompañándolos hasta el cadalso, era un nuevo sacrificio que hacia de su propia vida. Cada instante la renunciaba, porque los demás no renunciasen la fe de Jesucristo.

Fueron presos por la fe dos hermanos, y caballeros romanos, llamados Marco y Marceliano. Despues de haber vencido gloriosamente la tortura, iban á ser degollados, cuando su padre Tranquilino y su madre Marcia, ambos gentiles, acompañados de las mujeres, y de los hijos de los dos confesores de Cristo, se echaron á los pies del juez Cromacio, y con sus ruegos y lágrimas obtuvieron de él que se difiriese la ejecución de la sentencia por espacio de treinta dias.

En este intermedio no perdonaron á súplicas, á caricias, á halagos, á gemidos, en fin, á todos los medios que puede inspirar el amor, y la ternura para mover á un corazón blando y generoso, haciendo tanta impresion en los de Marco y Marceliano, que casi vencidos con la fuerza de tan continua y tan terrible batería, comenzaban á mostrarse sensibles á las lágrimas. Advirtiólo S. Sebastian, que los visitaba con frecuencia, y llegó tan á tiempo su socorro, bendiciendo Dios el gran talento de persuadir de que le habia dotado, que no solo sostuvo aquellos ánimos que ya comenzaban á flaquear, sino que en aquellos pocos dias convirtió á la fe de Jesucristo á Nicóstrato, oficial de Cromacio, á Claudio, alcaide de la cárcel, á sesenta y cuatro presos, y lo que es mas admirable, al padre, á la madre, á los hijos de las mujeres de Marceliano y de Marco.

A la verdad tan asombrosas conversiones no se podian hacer sin muchos y grandes milagros. En el mismo tiempo que S. Sebastian estaba animando á los dos Santos Confesores en casa de Nicóstrato, donde los habian como depositado con fianzas, se dejó ver en la sala una brillante luz que llenó á los circunstantes de admiracion y de alegría. En medio de ella se apareció el Señor, acompañado de siete Angeles, y acercándose á Sebastian, le dió ósculo de paz, prometiéndole que siempre estaria con él. Asi refiere S. Ambrosio esta maravilla.

Zoé, mujer de Nicóstrato, que estaba muda mucho tiempo habia, recobró el uso de la lengua, haciendo S. Sebastian la señal de la cruz sobre su boca. Todos aquellos neófitos, que padecian alguna enfermedad ó indisposicion corporal, recibieron la salud del cuerpo al mismo tiempo que por el bautismo cobraban la del alma.

Pero el mayor de todos los prodigios fué la conversion de Cromacio, vicario del Prefecto. Mandó llamar á Tranquilino para saber si sus hijos se habian dejado persuadir de sus lágrimas;

pero quedó admirado cuando supo que el mismo Tranquilino se habia hecho cristiano. Mis hijos, respondió Tranquilino, son dichosos, y yo tambien lo soy desde que Dios me abrió los ojos del alma para conocer la verdad, y la santidad de la religion cristiana, fuera de la cual no hay salvacion. ¿Con que tú tambien al cabo de tus años, le interrumpió Cromacio, te has vuelto loco? No, señor, le respondió el santo anciano, antes bien nunca tuve entendimiento, ni juicio, hasta que logré la dicha de ser cristiano. Porque no hay mayor locura que preferir, como yo lo habia hecho aquí, y como tú lo estás haciendo el día de hoy, el error á la verdad, y la muerte eterna á una vida de pocas horas. ¿Y te atreverás, le preguntó Cromacio, á probarme concluyentemente la verdad de la religion cristiana? Y cómo que me atreveré, respondió el nuevo apóstol, con tal que quieras prestar oídos dóciles, y humildes á lo que Sebastian, y yo te dijéremos. No duró mucho la conversacion, porque á pocas palabras quedó Cromacio convencido, y convertido. Siguióse á la conversion de Cromacio la de toda su familia, y cuatrocientos esclavos recibieron el bautismo, y fueron puestos en libertad.

Pero enfureciéndose cada día mas en Roma la persecucion, se tuvo por conveniente que Cromacio, despues de haber renunciado el empleo que tenia, se retirase á la campaña, donde era su casa el asilo de los fieles perseguidos. Todos los cristianos persuadian á S. Sebastian, que tambien se retirase á ella. Pero este héroe de la fe les pidió con tales instancias que le permitiesen quedarse en Roma para animar y socorrer á los muchos fieles que estaban en las cárceles; y supo proponer al santo Papa Cayo tales razones que éste le dijo: *Quédate en buena hora, hijo mio, en el campo de batalla; y en traje de oficial del Emperador, sé glorioso defensor de la Iglesia de Jesucristo.*

Presto se conoció cuan necesaria era su presencia para el socorro, y para el aliento de los Santos Mártires. La primera que recibió la corona del martirio, fué Zoé: siguióla poco despues Tranquilino. Nicóstrato, su hermano Castor, Claudio el alcaide de la cárcel, Sinforiano su hijo, y su hermano Victorino, despues de haber sufrido muchos tormentos, fueron conducidos á Ostia, y precipitados en el mar. Tiburcio, hijo de Cromacio, fué degollado: Castulo, oficial del Emperador, y celosísimo cristiano, fué enterrado vivo. Marco y Marceliano, amarrados á un tronco, fueron cubiertos de saetas.

Despues que estas gloriosas victimas, preciosos frutos del cielo de S. Sebastian, fueron inmoladas á Dios vivo, parecia tiempo que el héroe de Jesucristo consumase en fin su sacrificio. Un in-

feliz apóstata de la religion fué el que dió parte á Fabian, sucesor de Cromacio, que era Sebastian el que convertia á los gentiles, y el que mantenía en la fe á los cristianos. No se atrevió Fabian á mandar le arrestar por el elevado empleo que ocupaba en palacio, hasta dar parte al Emperador, informándole de la religion y del celo ardiente del primer capitán de sus guardias.

Asombrado Diocleciano de lo que oía, mandó luego llamar á Sebastian, y con las espresiones mas sentidas le acriminó su ingratitude, sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el Emperador y contra el imperio, introduciendo hasta en su mismo palacio una religion (como él la llamaba) tan perniciosa al estado.

Respondió Sebastian con el mayor respeto, que á su modo de entender no podia hacer servicio mas importante al Emperador y al imperio, que adorar á un solo Dios verdadero; y que estaba tan distante de faltar á su deber por el culto que rendia á Jesucristo, que antes bien nada podia ser tan ventajoso al Príncipe y al estado, como tener vasallos fieles, que menospreciando á los dioses falsos, hiciesen oracion incesantemente al soberano Arbitro; y Criador del universo por la salud del Emperador y del imperio.

Irritado el Emperador con esta generosa respuesta, mandó al instante, sin esperar otra forma, ó figura de proceso, que Sebastian fuese amarrado á un tronco, y que fuese ásaetado por los mismos soldados de la guardia. Ejecutóse al punto sin remision esta cruel sentencia, y fué cubierto el glorioso confesor de Cristo de una espesa lluvia de saetas. La noche siguiente fué á buscar el santo cuerpo, para darle sepultura, una devota mujer, llamada Irene, viuda del santo mártir Castulo, y quedó gozosamente admirada y sorprendida, hallándole todavia vivo. Hizole llevar secretamente á su casa, donde dentro de poco tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas. Instábanle los fieles para que se retirase; pero Sebastian, lejos de rendirse á sus sollicitaciones, fué á buscar á Diocleciano, y esperándole sobre una escalera, que llamaban el mirador de Eliogabalo: *¿Es posible, señor, le dijo con valor y con respeto, que eternamente os habeis de dejar enganar de los artificios, y de las calumnias, que perpetuamente se están inventando contra los pobres cristianos? Tan lejos están, gran príncipe, de ser enemigos del estado, que no teneis otros vasallos mas fieles, y que á solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.*

Atónito el Emperador al ver, y al oír hablar á un hombre, que ya tenia por muerto: *¿Eres tú, le preguntó, aquel mismo*

Sebastian, á quien yo mandé quitar la vida, condenándole á que fuese aseteado? Si señor, respondió el Santo: el mismo Sebastian soy; y mi Señor Jesucristo me conservó la misma vida, para que en presencia de todo este pueblo viniese ahora á dar un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometeis, persiguiendo con tanto furor á los cristianos.

Enfurecido Diocleciano, mandó que le llevasen al circo, y que allí fuese públicamente apaleado hasta que espirase. Así se ejecutó: y con este cruel suplicio pasó su alma á recibir en el cielo la corona del martirio el día 20 de enero, hácia el año de 288.

Queriendo los paganos impedir que se diese sepultura al cuerpo del santo mártir, le arrojaron en un lugar inmundo; pero no les valió su precaucion, porque el santo cuerpo quedó pendiente de un garfio, y el mismo S. Sebastian se apareció aquella noche á una señora de mucha virtud, llamada Lucina, y la mandó que sacase su cuerpo, y le enterrase en el cementerio subterráneo, llamado las catacumbas, á los pies de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

La oracion de la Misa es la que se sigue:

Atiende, ó Dios todo poderoso, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alivianos de él por la gloriosa intercesion de los bien-

aventurados mártires Fabian y Sebastian. Por nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina, etc.

La Epistola es del capítulo 11 de la que escribió S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos: los Santos por la fe conquistaron los reinos, obraron con justicia, consiguieron las promesas, cerraron las bocas de los leones, apagaron el impetu del fuego, se libraron del corte de la espada, se hicieron fuertes en la guerra, rechazaron los ejércitos enemigos, y dieron á las mujeres sus muertos resucitados. De ellos los unos fueron atormentados, no que-

riendo rescatar la vida por encontrar una resurreccion mejor. Otros sufrieron burlas, azotes, y además cadenas y prisiones: muchos fueron apedreados, destrozados, probados y degollados: otros anduvieron cubiertos con pieles de cabras, y de diferentes animales, necesitados, angustiados y afligidos; porque de ellos no era el mundo digno: otros anduvieron como errantes

por los desiertos, montes, cuevas, y cavernas de la tierra: Jesucristo. y todos estos han testificado la

REFLEXIONES.

Quisieranse ver milagros para creer: ¿pero qué mayor milagro, que ver ha creído todo el universo? El entendimiento se amolina contra las verdades de la fe: la voluntad se revuelve contra el moral del Evangelio: todos los príncipes, todas las naciones, todos los reinos se coligan, se arman para destruir, para aniquilar nuestra Religion, para que no quede en el mundo ni una centella de la fe. Y esta fe sujeta á los pueblos; triunfa de los reyes; y los Santos por la fe, vencieron y convirtieron á los reinos. ¡Qué maravilla mas grande! ¡Pero que con esta misma fe no pueda yo vencer una sola de mis pasiones! ¡que no pueda corregir uno solo de mis defectos! ¡que esta misma fe no me convierta á mí! No es este menor prodigio, ni deja de serlo porque sea tan frecuente. El no creer se tiene por la mas insigne, por la mas culpable de todas las locuras: ¿y el no obrar conforme se cree dejará de ser la mas necia, la mas culpable de todas las extravagancias?

Afirma S. Pablo: que el mundo no es digno de los Santos; que no hay en él cosa que sea digna de ellos. Tiene sobradísima razon para afirmarlo: sus honras son muy vanas, sus placeres muy amargos y muy cortos, y muy vacíos sus bienes. Estos grandes héroes del cristianismo son acreedores á una gloria más sólida, á unos bienes mas preciosos, y mas reales, á unos placeres mas esquisitos, mas puros, de mas larga duracion. El mismo Dios ha de ser el premio, la recompensa de sus escogidos. ¡Y con todo eso estos mismos escogidos de Dios, de que el mundo no es merecedor, son despreciados, son perseguidos por el mismo mundo! Sí. Mira el mundo con lástima, con una especie de compasion á aquellos de quienes él no es digno. Si esta no es locura; si esta no es insensatez; ¿qué cosa lo será? *Nos insensati.* ¿Pero de qué sirve conocer á la hora de la muerte que uno no fué prudente? ¿De qué sirve conocerlo en una hora en que ya no puede serlo el que antes no lo fué?

El Evangelio es del capítulo 6 de S. Lucas.

En cierta ocasion, que después, acompañado de la turba de sus discípulos, y una multitud copiosa de gentes de Judea, Je-

rusalen, y de los países marítimos, de Tiro y Sidon, que habían venido para oírle, y ser curados de sus enfermedades, cuyo beneficio lograban también los que eran maltratados de los espíritus inmundos. Y toda la turba solicitaba tocarle: porque de él salía una virtud, que á todos sanaba. Entonces, levantando los ojos sobre sus discípulos, decía: Bienaventurados los pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventu-

rados los que ahora padecéis hambre, porque seréis hartos. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque os reireis después. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, desechen, afrenten y desprecien vuestro nombre como malo por el Hijo del Hombre. Alegraos y regocijaos en aquel día, porque mirad, que vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

Cuanto se oponen las máximas de Cristo á las máximas del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa tan contraria, ni tan opuesta á las máximas de Cristo, como las máximas del mundo; y que es insigne locura el pretender concordarlas.

El mundo coloca toda su felicidad en la alegría y en la abundancia. ¿Qué otra idea se forma de un hombre dichoso á lo del mundo? Al contrario: Jesucristo dice: que la pobreza mas miserable se debe preferir á la abundancia mas deliciosa; afirma, que el título de pobres nos da derecho al reino de los cielos; asegura, que aquella hartura, que es como la herencia, ó como la legítima de los bienaventurados, es fruto de la necesidad, que se padece en esta vida. No señala, al parecer, otra causa del torrente de alegría que inunda á los escogidos, sino los torrentes de lágrimas que derramaron en este valle de ellas: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* El mundo ciertamente no se acomoda con estas máximas; ¿pero dejará por eso de ser una de las principales máximas de Jesucristo, aunque el mundo no se acomode con ella?

El espíritu del mundo quiere que se haga empeño, ó se haga como una especie de mérito de parecer bien en todas las concurrencias. A este fin se adorna, se viste, se preparan, se mendigan gracias, se inventan artificios, se reprime el genio, se disimulan pesadumbres, se hace todo á todos, y se representan diferentes personajes. Y cuando despues de todo no se ha

dado en el punto de agradar al mundo, ¡qué dolor! ¡que sentimiento!

Todo esto lo reprueba Jesucristo. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren por amor de mí. El mundo os enseña, que para ser dichosos en él es menester agradarle; y yo os digo, que solamente lo seréis cuando por amor de mí desagradarais á él. No es posible darle gusto á él, sin darme disgusto á mí. Ahora, escoged entre estos dos partidos. ¡Ah, mi Dios! ¿y se hallan muchos, que siquiera deliberen? El mundo se lleva casi siempre la preferencia. ¡Y qué poco se apresura á no agradar mas que á Dios!

¡O qué motivo tan justo de indignacion contra mi mismo! ¡Que copioso manantial de remordimientos producen en mí estas reflexiones, ó dulce Jesus mio! ¿Como he podido seguir al mundo, haciendo profesion de creerlos á Vos? Tened, Señor, alguna atención á mi dolor, y á mi arrepentimiento, que son efectos de vuestra divina gracia.

PUNTO SEGUNDO. — Considera, qué oposicion mas visible, ni mas descubierta, la que se halla entre el espíritu del mundo, y el espíritu de Cristo.

En el mundo se tiene por digno de compasion el que es pobre. ¡Qué afrenta el ser maltratado! ¡Qué infamia ser la fábula de los mundanos, y el objeto de sus desprecios, de sus zumbas, ó de sus chacotas! ¡Qué mortificacion el ser excluido de las funciones de gusto, ó no ser convidado á las visitas de diversion! Pero escuchemos como se explica en este particular Jesucristo.

Seréis bienaventurados, hijos míos, cuando no seais del gusto de las gentes del mundo. Seréis dichosos cuando vuestra modestia, vuestra regularidad y vuestro recogimiento sea el asunto de sus zumbas, y de sus insulsas gracias. Seréis felices cuando los que viven segun el espíritu del mundo os miren con compasion, cuando oigan vuestro nombre con horror, cuando huyan de vuestra compañía, y no quieran admitiros en la suya, cuando os carguen de oprobios. Regocijaos entonces, mostrad vuestro gozo y alegría, y teneos por los mas bien librados del mundo. En buena fe: ¿estos oráculos de Cristo hablan con todos los cristianos? ¿Los hemos creído hasta aquí, y creemos ahora mismo que son verdaderos oráculos de Jesucristo?

¿Serán bien recibidas estas máximas en estas fiestas del carnaval, y entre esas gentes, que están embriagadas de las máximas del mundo? ¿Y por lo menos serán del gusto de aquellos

que tienen una vida un poco mas arreglada? Pues compongamos estas opiniones prácticas con las ideas que tenemos de nuestra religion.

S. Sebastian era caballero: habiale hecho capitán de sus guardias el emperador: era su favorecido; pero al mismo tiempo era cristiano; y como tal nunca se tuvo por mas dichoso, que cuando se vió desposeido de sus bienes, privado de sus empleos, amarrado á un tronco, y cubierto de saetas por amor de Jesucristo. Estos son los sentimientos de los Santos: ¿y nuestra conducta corresponde á estas sus máximas? De buena fe: al ver como se portaron los Santos, y como procedemos nosotros, ¿se creerá que somos todos de una misma religion? Pero siendo nuestro proceder tan distinto, ¿tendremos fundamento para esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que estas reflexiones que por vuestra misericordia hago hoy para convertirme, sirvan algun dia para mi mayor condenacion. Vuestras máximas son santas, son verdaderas, y yo os prometo no sentir otras jamás. De hoy en adelante serán la regla de mi conducta; así como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS. — Seréis bienaventurados, si padecéis alguna cosa por la justicia. (*Petri* 3.)

¿Qué semejanza hay entre Cristo y Belial? ¿ó qué union puede haber entre la luz y las tinieblas? (2. *ad Corinth.* 6.)

PROPOSITOS.

1 No te contentes con condenar las máximas del mundo; pues ya se sabe, que el entendimiento se convierte antes que la voluntad. Imponte una ley, no solo de no defenderlas jamás en las conversaciones, sino de renunciarlas verdaderamente en la práctica. Para esto haz un firme propósito de no asistir á aquellas concurrencias ó funciones de donde está para siempre destruido el espíritu del cristianismo; de no concurrir jamás al baile ni á los espectáculos: y cuando la necesidad, ó la atencion indispensable te precisen á dejarte ver en semejantes funciones ó fiestas, que sea siempre mostrándote cristiano en ellas.

2 Mira las adversidades de la vida, y las desazones que trae consigo el comercio del mundo; míralas, digo, con aquellos ojos con que Cristo quiere que se miren, y nunca las mires á otra luz, ni debajo de otros colores falsos. ¿Eres contradecido, despreciado, maltratado? Pues nunca se te caiga de la boca este

oráculo: *Non sunt condignæ passionēs hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis.* Ninguna proporcion tienen las aflicciones de esta vida con la gloria que nos espera en la otra; ó aquellas hermosas palabras del Apóstol S. Pedro: *Si quid partimini propter justitiam, beati.* Bienaventurados los que padecen algo por amor del Señor.

Tambien es un ejercicio muy agradable á los ojos de Dios repetir alguna breve oracion, ó jaculatoria, aunque no sea mas que un *Gloria Patri*, en accion de gracias siempre que nos sucede algun contratiempo, algun trabajo, alguna cosa que nos humille. En los reveses de la fortuna, en un suceso desgraciado, en la pérdida del pleito, en el despojo de cargo, en una humillacion, que no se esperaba, decir con el Profeta: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me.* Señor, me tengo por muy dichoso, porque me habeis mortificado, porque me habeis afligido, porque me habeis humillado. Este es el espíritu del cristianismo, y el verdadero cristiano no debe tener otro lenguaje, ni otros sentimientos en punto de trabajos y de desprecios. Pocos hay que conozcan el precio y el mérito de este tesoro. No hay camino mas seguro, mas breve para el cielo. Quizá tampoco hay medio mas eficaz para ser santo.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SANTA INÉS, vírgen, en Roma, á la cual Sinfonio, prefecto de la ciudad, mandó echar en el fuego; y habiéndose apagado por oracion de esta Santa, fué degollada. De ella escribe S. Jerónimo estas palabras: « En las lenguas y letras de todo el mundo y especialmente en la Iglesia es alabada la vida de Sta. Inés, porque venió á su tierna edad y al tirano, y consagró con el martirio el título de la castidad. » (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN PUBLIO, obispo, en Atenas, que gobierno sabiamente aquella iglesia despues de S. Dionisio Areopagita: y esclarecido en virtudes y resplandeciente en doctrina, sufrió gloriosamente el martirio por Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES FRUCTUOSO, obispo, AUGURIO, y EULOGIO, diáconos, en Tarragona de España: los cuales en tiempo de Galieno, emperador, primeramente fueron encarcelados y despues echados en una hoguera; y habiéndose quemado las ataduras, estendieron las manos en cruz y haciendo oracion consumaron el martirio: en la festividad de estos Santos predicó S. Agustín á su pueblo. (*Véase su historia en las de este dia.*)